

EL CAMINO DE SANTIAGO COMO VEHÍCULO DE DIFUSIÓN CULTURAL EN LA EDAD MEDIA

José Ángel García de Cortázar
Universidad de Cantabria

“En el principio, fue la ruta, el Camino”. La frase de Joseph Bédier ha marcado durante decenios nuestra valoración del camino francés a Compostela. Para quienes aceptaron la idea, fue el tráfago de personas, de peregrinos a guerreros, de monjes a comerciantes, de arquitectos a artesanos el que trajo a los reinos hispánicos de Aragón, Navarra, Castilla y León todas las novedades que, desde mediados del siglo XI, se alumbraban en estos espacios de Europa. Sobre todo, en Roma y en Cluny. Para quienes reniegan de la frase por reduccionista, las innovaciones vinieron y se fueron por muchos caminos y es imposible fijar ni unas iglesias *de* peregrinación, ni un arte ni una literatura *del* Camino, ni unas ciudades, ni unos santos ni unos hombres *del* Camino. Todo había sucedido en él como podría haberlo hecho en cualquier otra ruta. La distribución espacial de los testimonios de todo tipo en el paisaje de Francia demostraba que era injustificada la antigua pretensión de atribuirlo todo al Camino.

Eppur, si muove. Y, sin embargo, algo o mucho de cierto en lo que toca a España en la afirmación de Bédier. Por una sencilla razón: antes del año 1120, esto es, antes de las conquistas cristianas de Zaragoza y Tudela, si dejamos de lado los accesos y recorridos de las rutas francesas por la vieja Cataluña, el Camino francés a Compostela, con su doble entrada (por Somport y, sobre todo, por Roncesvalles), era la única vía transfronteriza digna de ese nombre. Su itinerario empalmaba todos los núcleos políticos y monásticos relevantes: Jaca y San Juan de la Peña; Pamplona y San Salvador de Leire; Estella y Santa María de Irache; Nájera y (con apenas un desvío de tres horas) San Millán de la Cogolla; Burgos y San Pedro de Cárdena; Sahagún y León; San Julián de Samos y Santiago. Entre 1030 y 1120, esto es, durante el decisivo y alargado siglo XI, cuyo balance y desenlace, con las conquistas cristianas de Toledo en 1085 y Zaragoza en 1118, sabemos hoy que marcaron para siempre los destinos de la península Ibérica, todo circuló por el Camino de Santiago. Que no es lo mismo que decir que todo y sólo se debió a los peregrinos; o que todo y sólo nació en Compostela o en Cluny; o que, sin los caminantes de la ruta jacobea, España no habría sabido acoplar sus formas de vivir, soñar y morir a las de los modelos que iban a constituir las señas de identidad del hombre de la Cristiandad latina, por otro nombre, Europa.

Sin exageraciones en uno u otro sentido, lo cierto es que entre 1030 y 1120 el Camino de Santiago sirvió a la fuerza (porque no había otro) para extender el *finis térrae* el espíritu del *homo viator*. Con él cosas tan variadas como: los cultos de nuevos santos (empezando por Santiago y siguiendo por Millán de Cogolla e Isidoro de Sevilla, entonces ya de León), la sensibilidad de nuevos monjes (inmersos en el espíritu benedictino atizado por los cluniacenses), que, con la connivencia convencida de los monarcas, sustituyeron el rito hispano por el romano, todo un gesto, pero, sobre todo, una inequívoca declaración de principios. Pero llegaron, circularon y acabaron instalándose en los núcleos crecidos a la vera del *iter sancti iacobi*, otras muchas cosas. Tales fueron un tipo de letra carolina, que arrumbó a la visigótica; un arte románico, aunque no generara, como alguna vez se pensó, “las iglesias de peregrinación”, una planificación de las ciudades que adoptaba el modelo ortogonal. Y, por encima de todo, por el Camino circuló un doble *corpus* de “oralidad” y “escrituralidad”, compuesto por canciones y leyendas, por milagros y poemas. Él contribuyó a hacer permanente el todavía más decisivo *corpus* de categorías mentales, referidas tanto al espacio (gracias a Compostela, Roma se situaba en el centro del Mediterráneo, a sus efectos, del mundo) como al tiempo (la *inventio* de la tumba de Santiago quedó fijada en el imaginario en una cronología de resistencia de una “Europa”, que capitaneada por Carlomagno, se enfrentaba al Islam).

Todo ello sucedió en los siglos XI y XII. Después, desde finales del siglo XIII; el mundo de los europeos empezó a cambiar. Lo hicieron las antiguas convicciones intelectuales y las viejas premisas políticas. A su compás otras realidades también comenzaron a hacerlo. Entre ellas, la del Camino de Santiago. Se cumplía así el diagnóstico del poeta: “un mundo desaparece cuando su metáfora ha muerto”. Tal vez, por ello mismo, la recuperación reciente del Camino haya tenido que ver con el hecho de que el mundo significado por la metáfora de la ruta jacobea, esto es, el mundo de la unidad de Europa, también ha reaparecido.